

Hoy día tenemos una de las más queridas historias del Evangelio—la historia del buen samaritano. En la tradición de la Iglesia que la Biblia tiene a múltiples niveles de significado, san Agustín y otros padres de la iglesia interpretaron la parábola del buen samaritano en una variedad de maneras, una de la cual es esta: El hombre que viajaba de Jerusalén a Jericó representa la humanidad, a ustedes y a mí. Jericó nos llama, y dejamos atrás la ciudad santa. Pero a lo largo del camino, los ladrones nos asaltan y nos arrojan en una zanja, y nos dejan desnudos y medio muertos. Los ladrones son las tentaciones de este mundo, cualquier cosa que pueda robarnos de ser el pueblo que Dios nos hizo que seamos. Jesús, el buen samaritano, demuestra compasión. Él venda nuestras heridas y nos lleva a un mesón, que se entiende que nos conduce a su Iglesia. Los dos denarios que da al dueño del mesón son los grandes mandamientos: amar a Dios y amar a nuestro prójimo.

En esta interpretación escuchamos la declaración del Evangelio de nuestra condición y la respuesta de Jesús. Nosotros seres humanos dejamos a Jerusalén, lo que representa la presencia de Dios, a fin de ir hacia Jericó, lo que representa todo lo que es autodestructivo y doloroso para otros. Nuestra complacencia a aquellas tentaciones nos roba de lo que es bueno y santo dentro de nosotros y nos arrojan dentro de una zanja de pecado, dejándonos espiritualmente desnudos y medio muertos. Jesús—el buen samaritano—nos demuestra compasión, vendando nuestras heridas y llevándonos a su Iglesia. Los dos denarios, los mandamientos grandes nos enseñan el poder curativo del amor, amor de Dios y el amor de nuestro prójimo.

Recuerden, sin embargo, el contexto de esta historia. Un doctor de la ley le preguntó a Jesús preguntas para probarlo: «Maestro, ¿qué debo hacer para conseguir la vida eterna?» En lugar de responder, Jesús le hizo una pregunta: «¿Qué es lo que está escrito en la ley?» En efecto por su pregunta, Jesús está haciendo acordar al doctor lo que nuestra primera lectura nos dice: Sabes lo que Dios te ha dicho que quiere de ti. No tienes que buscar en el cielo o sobre el océano para averiguar. Y el doctor de la ley no tenía ninguna opción, pero mostrar que él ya sabía la respuesta a su propia pregunta, y Jesús le dijo, «Tienes razón». Pero ya que el doctor de la ley trataba de engañar a Jesús, hizo otra pregunta a la cual también creía que sabía la respuesta. Él, como todos los judíos de su época, creía que su prójimo era sólo un socio judío, no cualquiera de otra etnicidad o raza o religión, sólo otro judío. ¿Por qué creía eso? Porque lo que citó, «Amarás . . . a tu prójimo como a ti mismo», es solo una parte del versículo. El versículo completo en el libro del Antiguo Testamento, Levítico, es, «No serás vengativo con tus compatriotas ni les guardarás rencor. Amarás a tu prójimo como a ti mismo. Yo soy el Señor» (Levítico 19:18).

Pero esta vez, noten, Jesús no le preguntó, ¿«Que es lo que está escrito en la ley?» Jesús contó una historia. Noten, sin embargo, que en su historia Jesús no dijo, «Un judío cayó en manos de unos ladrones»; él dijo, «Un hombre . . . cayó en manos de unos ladrones». Quizás Jesús sabía que el doctor supondría que el hombre era un judío porque Jesús incluyó en la historia estas palabras: «Sucedió que por el mismo camino bajaba un sacerdote [judaísmo por supuesto] y «De igual modo, un levita», un asistente sacerdotal. Ellos, como saben, no hicieron nada para este pobre hombre.

Ahora viene lo que debe haber sido una conmoción para el doctor de la ley. Jesús dijo, «Pero un samaritano . . . se compadeció de él». Los judíos odiaban a los samaritanos. Los samaritanos eran sus enemigos ancestrales, la gente que los habían opuesto y hecho dificultades para ellos cuando los judíos fueron construyendo la ciudad Jerusalén y el templo. Es el samaritano, por supuesto, que rescata y cuida al hombre severamente herido.

Cuando Jesús terminó de contar la historia del samaritano, él no respondió la pregunta, «¿Quién es mi prójimo?» En vez, él invirtió la pregunta: «¿Cual de esos quienes vieron a la víctima se portó como prójimo de el que fue asaltado por los ladrones?» Y la pregunta implícita, entonces, que Jesús nos hace no es ¿quién es su prójimo?, sino ¿quién es usted a un prójimo?

Comencé esta homilía dando la interpretación alegórica de San Agustín y otros. Esa interpretación es sólo una parte de una interpretación de tres o cuatro partes. La interpretación moral de San Agustín es la siguiente: «Cada ser humano es un prójimo a todos los otros seres humanos [y] debería actuar como el samaritano actuó” (Sermón 8.2 y Sermón 299). En resumen, ¿quién es nuestro prójimo? Cualquiera, CUALQUIERA, que necesite nuestra ayuda, nuestra respuesta compasiva. Jesús lo hace absolutamente claro que ninguna persona es excluida de su amor y . . . que nosotros no debemos excluir a ninguna persona de nuestro amor. ¿Qué más se puede decir? Amemos a Dios y amemos a todas las personas como nos amamos a nosotros mismos para que podamos traer curando amor de Dios a cada persona que nos encontremos.